

EL ECO DE CARTAGENA.

Lunes 23 de Diciembre de 1878.

Con el mayor gusto insertamos a continuación el artículo publicado por nuestro apreciable colega el «Minero de Almagrera» con el título de

TRIBUTACION MINERA.

Acreditado tiene *El Minero de Almagrera*, su interés y su celo por la industria minera, empleado siempre en su defensa y en el combate racional y prudente contra todas las trabas que impiden su fomento y desarrollo. Para nosotros cualquiera disposición que tienda a gravar la producción que de las minas se obtiene, es un absurdo incalificable: el impuesto del 1 por 100 sobre la tributación, y las demás cargas que pesan sobre aquella deben considerarse como parto de una ignorancia arbitraria, y ávida de lo presente, que no descubre ni se fija en el porvenir tan pesado y asfixiante como los deletéreos gases que en las profundidades de las minas aspira el operario que arranca a la tierra las riquezas que en sus entrañas atesora.

Con estos antecedentes que recuerdan la historia de este periódico industrial, no se extrañará que unamos nuestras excitaciones a las de los demás periódicos industriales y políticos que se han ocupado de la conveniencia urgente de que se suprima el 1 por 100 impuesto sobre la producción bruta de los minerales que se explotan, y los derechos arancelarios que sobre la exportación de los plomos pesa.

El Sr. Montejo y Robledo, Senador por la Coruña, ha tenido la satisfacción de ser el primero en recomendar al Gobierno en la alta cámara las diferentes peticiones que se han elevado a la representación nacional, reclamando contra aquellas imposiciones, que esperamos serán acogidas con la actitud benévola que merece una industria altamente beneficiosa, que está sufriendo las consecuencias de una crisis angustiosa y destructora de los intereses que en ella están comprometidos.

La actitud del Sr. Montejo y Robledo es patriótica y digna, en tan relevante grado, que merece gratitud de la minería toda. El ha presentado la exposición de los mineros y fabricantes de la sierra Almagrera: ha recomendado al Gobierno y al Senado que la tome en consideración; y en breves y sentidas frases probó la necesidad de una resolución favorable que calme la ansiedad de la provincia de Almería, cuya riqueza reconoce como principal y casi única base la riqueza minera. Los re-

presentantes de ella tienen el deber ineludible de seguir el impulso dado por el Señor Montejo y Robledo. Las cuestiones de intereses materiales son esencialísimas; no escitan las pasiones, conmovidas siempre con el ardiente calor de la elocuente palabra de los oradores políticos, si no que pertenecen a la razón; son consecuencias de cálculos meditados y de estudios reflexivos, que afectan al porvenir de los pueblos, que nunca deben esponerse a que su riqueza desaparezca por la indiferencia ó el abandono.

MISCELANEA.

LA MUJER SLAVA.

Las mujeres slavas son incomparables; tan absolutas nos parecen sus cualidades y sus virtudes, que las despojan de todo carácter nacional; pero estas apariciones son raras en todos los siglos y en todos los países. El rasgo distintivo de las mujeres slavas es una originalidad unida a una gran flexibilidad. Medio alneas, medio parisienses, con el secreto de los filtros de los serafinos, seducen con sus miradas de hurí, con su indolencia de sultana, con la revelación de ternuras indecibles, con la gracia de los ademanes, con actitudes que destilan un fluido magnético.

Seducen por el encanto de sus cinturas que no han conocido jamás el corsé; por inflexiones de voz que arrancan lágrimas en no sabiendo qué región del corazón; por impulsos repentinos que recuerdan la espontaneidad de las gacelas. Como son además inteligentes, instruidas, de comprensión rápida, hábiles para aprovechar lo que saben, bizarramente expertas en la adivinación de los caracteres, y supersticiosas a la par, a título de adoradoras del profeta árabe; como son al mismo tiempo generosas, entusiastas intrépidas amantes exigiendo mucho del amor y dando poco; no es extraño que sean aficionadas a lo novelesco y a lo glorioso. Les agrada el heroísmo, y lo recompensan espléndidamente; pero, a fuer de cronistas fieles diremos que muchas guardan en la oscuridad sus sacrificios más bellos, sus virtudes más santas.

Y por ejemplares que sean los méritos de su vida doméstica, jamás en su juventud, que es larga, las miserias de su vida íntima ó los secretos dolores de aquellas almas ardientes abaten la maravillosa vivacidad de sus impresiones, que saben comunicarse con la exactitud de la electricidad. Discretas por naturaleza y por pasión, manejan con destreza increíble la gramática del di-

culo; sondean el alma de los demás y no entregan sus secretos propios. Desdeñan interior que les inspira el que no las comprende, les da su superioridad para reinar sobre los corazones que encadenan a su capricho.

Los homenajes inspirados por las polacas han sido siempre fervientes, y todas tienen una comprensión poética de su ideal, que enseñan en sus conversaciones, como una imagen que asomara incesantemente a un espejo. Desdeñando el soso y fácil placar de agradar apetece el de hacerse admirar por los que aman, alimento romanesco de sus deseos que las mantiene en largas alternativas entre el mundo y el claustro, donde pocas hay que en algún momento de su vida no hayan pensado en refugiarse.

Donde mujeres como estas son soberanas, no necesitamos decir cuantas palabras febriles, cuantas esperanzas, cuantas ilusiones, cuantos delirios se escapan en las «mazuras», especie de baile, cada uno de cuyos ecos vibra en la memoria en toda la polaca, como recuerdo de una pasión desvanecida ó de alguna declaración sentimental.

¿Cuáles la que no termina una «mazura», con las mejillas más abrasadas de emoción que de fatiga? ¿Cuántas relaciones inesperadas que se forman en los largos diálogos, en medio del gentío, al compás de una música que recuerda algún nombre guerrero, algún recuerdo histórico, mudo en las palabras; reflejado en la melodía? ¿Qué de promesas cambiadas, que de despedidas tiernas! Amores fugitivos creados y deshechos en una sola noche; afecciones reveladas en aquellos pasajeros instantes, parejas desconocidas por la riqueza y el rango, unidas por un momento; todo esto aparece y desaparece en aquellas rápidas conferencias. Quizá es necesario haber estado en la patria de Chopin para tener la intuición del sentimiento en que están empapadas sus «mazuras». Llenas todas de vapor ambroso; encantos de la coquetería, flores del luto; como las rosas negras en que hasta el perfume es triste, placeres sin pasado ni porvenir, gustos inexplicables, todo lo que es belleza, distinción y elegancia se halla reunido en esa música.

En cada balada, en cada wals, en cada estudio de Chopin, se esconde la memoria de una de esas fugitivas poesías, que nos pone en relación con el mundo de las hadas.

Ya son piezas fantásticas y alegres como los estremecimientos de alguna sílfide malhumorada, ya aterciopeladas y suaves como la cubierta de una salamandra, ya profundamente tristes como almas en pena, faltas de las oraciones necesarias

para su redención. Se impregnan otras veces en un desaliento tan sombrío; tan inconsolable, que solo se puede comparar con el abatimiento de Jacopo Foscari, metido en el destierro.

Las hay que parecen espasmos de sollozos ahogados; las hay ingeniosas y burlonas; reina en las «mazuras» todo género de sentimientos.

Ya escuchamos los suspiros a través del ritmo de la danza y la tierna despedida empapada en lágrimas. Revelan otras las penas, las angustias, los secretos dolores que el rumor de la fiesta no puede oscurecer. Terrores ahogados, miedo, presentimiento de un amor intenso contrariado por los celos, palpitaciones de un corazón que se abrasa, todo eso suele hallarse en tan tiernas melodías.

Una tarde en que nos hallábamos solas tres personas, una de ellas Chopin, que había tocado largo rato, una de las mujeres más distinguidas de París, poseída del más piadoso recogimiento, dijo que sólo hallaba una palabra polaca para expresar lo que sentía: esa palabra de una sola sílaba es ésta: «Zal» «zall» Sustantivo singular lleno de las más opuestas acepciones y de la filosofía más extraña: «zal» significa todas las ternuras y todas las humildades de un dolor resignado, que se doblega dulcemente ante la ley de una fatalidad providencial. Pero dirigiéndose al hombre, cambia de fisonomía y significa el colmo del rencor, el conjunto de todas las reconvenções: el «zal» se halla en el fondo de todas las obras de Chopin. Mimos exclusivos de las mujeres de aquellas regiones semiorientales, mimos que las madres, las hermanas y las queridas prodigan, hasta el punto de que luego parezcan groseras ó insipidas as coqueterías de todas las demás mujeres, exclamando. «¡Nisna sah polkil!» (Nada hay que se parezca a las polacas.)

El secreto de sus gracias es que imprime en el corazón enamorado el arrullo, el movimiento indeciso de una barquilla sin remos y sin vela.

Chopin sabía expresar esto admirablemente, haciendo ondular la melodía como un esquife a merced de las olas poderosas.

En sus escritos indicó esta manera con la frase de «tempo rubato», ritmo entrecortado, vivo y suave a la par, vacilante como la llama de la bujía. Todas sus piezas requieren la misma especie de balanceo, y sus discípulos se conocían según que interpretaban mejor ó peor sus capdenciosas armonías.

F. Listz,

De *El Correo de Andaluza*.